

LA EVOCACIÓN DE GÓNGORA EN RUBÉN DARÍO

ANTONIO CRUZ CASADO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Cuenta Rubén Darío en su *Autobiografía* que durante su visita a París, en 1893, conoció a numerosos poetas simbolistas franceses, entre los que se encuentran Paul Verlaine y Jean Moreas. La admiración de Darío por Verlaine es un dato importante para la historia de la poesía española; el hecho se ve reflejado, tanto en verso como en prosa, en la obra del nicaragüense. Algún conocimiento tenían los poetas franceses de la figura y la obra de don Luis de Góngora. Ya en 1866 había publicado Verlaine su libro *Poèmes saturniens*, reeditado en 1890; en él aparecía el soneto de versos alejandrinos "Lassitude", formando parte de la sección titulada "Melancholia". Se trata de un poema de amor, en el que el poeta pide a la amada cualidades de hermana y que lleva como lema el verso de Góngora "A batallas de amor, campo de plumas", el último de la *Soledad primera*; es precisamente ese verso, no versos, como indica Darío equivocadamente, el que Verlaine solía pronunciar con malísimo acento en aquellas reuniones de la bohemia francesa fin de siglo. Quizá lo que le atraía de la figura de Góngora fuese su fama de poeta maldito, de raro, de olvidado, puesto que sus conocimientos de español, como constata Darío, son nulos. Otro admirador, al parecer también sin un conocimiento efectivo de la obra poética del español, es el poeta francés, aunque de origen griego, Jean Moreas. El saludo habitual de Moreas a Darío era un grito estentóreo: "¡Viva don Luis de Góngora y Argote!", que solía alternar con ¡Don Diego Hurtado de Mendoza!, cuando a Rubén Darío acompañaba el escritor Enrique Gómez Carrillo, entonces empleado en la librería Garnier de París. Es posible establecer alguna relación estética entre Jean Moreas y Góngora, aun contando con que Moreas no sabía tampoco español, dato que hace descartar la posible influencia, puesto que, como indica Darío en *Los raros*, "las poesías del autor del *Pèlerin passionné*, necesitan, para ser apreciadas en su verdadero valor, de cierto esfuerzo de intelecto y de cierta iniciación estética", en tanto que su poética se caracteriza, en frase de Mallarmé, por "una eufonía fragmentada, según el asentimiento del lector intuitivo, con una ingenua y preciosa exactitud" ("Une euphonie

fragmentée, selon l'assentiment du lecteur intuitif, avec une ingénue et précieuse justess...), conceptos que pueden aplicarse en su mayor parte también a Góngora. Por otra parte, la crítica española de finales de siglo había establecido cierta semejanza entre la poesía de Góngora y la simbolista; Menéndez Pelayo afirmaba que el autor de las *Soledades* “llegó a escribir versos como meras manchas de color o como sucesión de sonidos”, a lo que había añadido: “la aberración extrema de Góngora tiene mucha semejanza con la de los modernos poetas *decadentes*, nacidos de la degeneración del Romanticismo”. No parece, pues, mera casualidad y capricho, sino cierta coincidencia estética, la que une los nombres de Verlaine, Moreas, Darío, con el de Góngora. El seguimiento de esta pista nos llevaría, en esta ocasión, demasiado tiempo. Lo que sí nos parece seguro es el hecho de que los poetas fuesen los primeros y los que de forma más relevante llamaron la atención sobre la figura olvidada de Góngora.

Con este fin, y con el deseo de homenajear a nuestro autor con las palabras de un poeta americano, en este año simbólico del 92, recordamos la composición de Darío dedicada a Velázquez y a Góngora, seguramente la pionera, o una de las primeras, en recordar la figura de don Luis, tras una etapa de silencio y olvido en torno al poeta cordobés.

Darío, que al decir de Antonio Machado, sabía de memoria varios poemas de Góngora, titula su obrita “Trébol”, en referencia implícita a la composición de la misma; son tres sonetos. La publicó por primera vez en *La Ilustración Española y Americana*, el día 15 de junio de 1899, con motivo del tercer centenario del nacimiento de Velázquez, celebración que suele entenderse como una leve reacción contra el abatimiento que produce en los intelectuales de España el desastre del 98. Luego la composición pasó a formar parte de *Cantos de vida y esperanza*, 1905, aunque con alguna variante, como el hecho de referirse al poeta como don Luis de Argote y Góngora en la publicación periódica y don Luis de Góngora y Argote en el libro; el hecho de que Darío conociese el verdadero orden de los apellidos de Góngora, como manifiesta en el primer caso, hace pensar a Dámaso Alonso que el poeta americano había leído algún texto biográfico acerca de don Luis, ya en esa fecha tan temprana.

Parece que se inspiró para su creación poética en un dato que se encuentra en el libro *Anales de la vida y obras de Diego Silva Velázquez*, de Gregorio Cruzada Villaamil, y que luego el propio poeta recordaría en una crónica periodística: “Es en 1622, –escribe– Velázquez va a visitar El Escorial, y para ello parte para la corte con buenas recomendaciones y con el encargo de hacer el retrato de Góngora”.

Renunciamos, por imperativos del tiempo, a hacer un análisis demorado de los sonetos; ya lo hicieron, y de forma plenamente acertada, como correspondía a su alta categoría intelectual, Dámaso Alonso y Joaquín de Entrambasaguas, entre otros. Baste señalar que el primer soneto, de forma clásica, imita una carta que el alma o la sombra de Góngora dirige a la de Velázquez, recordándole, en este momento en que se celebra su glorioso centenario, aquella ocasión en la que el poeta fue retratado por el pintor; en él interesa resaltar el verso “yo en equívoco altar, tú en sacro fuego”, que se refiere al prestigio de Velázquez y a la falta de aceptación de Góngora. El segundo soneto, también clásico, es la respuesta de Velázquez a Góngora augurándole un pronto resurgimiento de su gloria: “ya

empieza el noble coro de las liras/ a preludiar el himno a tu decoro”, en tanto que los personajes Angélica y Medoro, tan queridos por Góngora, vuelven a amarse de nuevo y Polifemo le traerá una nueva palma, que es el emblema clásico de la victoria quizá contra el tiempo y la muerte o el olvido en esta ocasión. El tercer soneto es de tipo modernista, con versos alejandrinos, no lleva título y está dedicado por Rubén al poeta cordobés y al pintor sevillano. Contiene una cita de la *Soledad primera* y apunta las afinidades que ve Rubén en los dos; caracteriza a Góngora recurriendo al empleo de los símbolos más queridos del modernismo, el cisne, el castillo que se alza en el azul, los ruiseñores...; consagra a Velázquez la rosa y a Góngora los claveles, la flor más querida de nuestro poeta, como ya nos recordó magistralmente don José María Ortiz Juárez el año pasado con motivo de esta misma celebración. Al final se describe un cuadro renacentista en el que se une Angélica con las Meninas y las Musas.

El conjunto es evidentemente un esfuerzo cuidadoso del poeta nicaragüense para valorar al lírico desestimado injustamente en su época. Por eso merece nuestro recuerdo y nuestro agradecimiento.

El poema de Darío dice así:

TRÉBOL

I

DE DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE
A DON DIEGO DE SILVA VELÁZQUEZ.

Mientras el brillo de tu gloria augura
ser en la eternidad sol sin poniente,
fénix de viva luz, fénix ardiente,
diamante parangón de la pintura,

de España está sobre la veste oscura
tu nombre, como joya reluciente;
rompe la Envidia el fatigado diente,
y el Olvido lamenta su amargura.

Yo en equívoco altar, tú en sacro fuego,
miro a través de mi penumbra el día
en que al calor de tu amistad, Don Diego,

jugando de la luz con la armonía,
con la alma luz, de tu pincel el juego
el alma duplicó de la faz mía.

II

DE DON DIEGO DE SILVA VELÁZQUEZ
A DON LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

Alma de oro, fina voz de oro,
al venir hacia mí, ¿por qué suspiras?
Ya empieza el noble coro de las liras
a preludiar el himno a tu decoro;

ya al misterioso son del noble coro
calma el Centauro sus grotescas iras,
y con nueva pasión que les inspiras
tornan a amarse Angélica y Medoro.

A Teócrito y Poussin la Fama dote
con la corona de laurel supremo;
que en donde da Cervantes el Quijote

y yo las telas con mis luces gemo,
para Don Luis de Góngora y Argote
traerá una nueva palma Polifemo.

III

En tanto *pace estrellas* el Pegaso divino,
y vela tu hipogrifo, Velázquez, la Fortuna,
en los celestes parques al Cisne gongorino
deshoja sus sutiles margaritas la Luna.

Tu castillo, Velázquez, se eleva en el camino
del Arte como torre que de águilas es cuna,
y tu castillo, Góngora, se alza al azul cual una
jaula de ruiseñores labrada en oro fino.

Gloriosa la península que abriga tal colonia.
¡Aquí bronce corintio, y allá mármol de Jonia!
Las rosas a Velázquez, y a Góngora claveles.

De ruiseñores y águilas se pueblan las encinas,
y mientras pasa Angélica sonriendo a las Meninas,
salen las nueve Musas de un bosque de laureles.